

ANTONIO BELTRÁN (1916-2006)

ANTONIO BELTRÁN (1916-2006)

PILAR UTRILLA (*)

Nació y murió en un mes de abril tras noventa años de una intensa vida. Altoaragonés nacido en Sariñena, era sobrio en el vestir y parco en sus gustos y gastos como buen monegrino. Solía llevar pajarita al cuello en los actos públicos y repetir chaqueta durante muchos años, algo que solía recriminarle con cariño Angelines Magallón. Quiso con orgullo a sus tres hijos que siguieron académicamente sus pasos como arqueólogos o juristas, y sufrió con infinita tristeza la muerte de su esposa Trini, una mujer amable que había dedicado toda su vida a hacer la suya más agradable.

Fue el último superviviente de una generación de catedráticos de Prehistoria o Arqueología que tuvieron poder y lo usaron sin complejos. Él no rehusó los cargos, pero tampoco eludió las cargas. Fue Secretario General de la Universidad de Zaragoza, miembro de su Junta de Gobierno y decano de Filosofía y Letras durante tantos años que en las Juntas de Facultad una profesora de Literatura solía bromear diciendo “El profesor Beltrán, que ya era decano en época de Augusto...”. Fue hábil negociador, supo pactar y resolver los asuntos universitarios, con algún que otro susto en su vida de Decano como cuando un bedel se plantó en su despacho con una bolsa de deporte y le comunicó: “Don Antonio, aquí le traigo esto porque parece una bomba...” Un despacho con tantos libros y papeles acumulados sobre sillas y mesas que su pequeña figura se perdía entre ellos.

En 1949 Antonio Beltrán obtuvo la cátedra de Arqueología, Epigrafía y Numismática en la Universidad de Zaragoza, fijó definitivamente allí su residencia y se integró de tal manera en la historia local que fue Concejal de Festejos del Ayuntamiento, Diputado Provincial, Comisario de Excavaciones y hasta formó parte de la Directiva del Club de

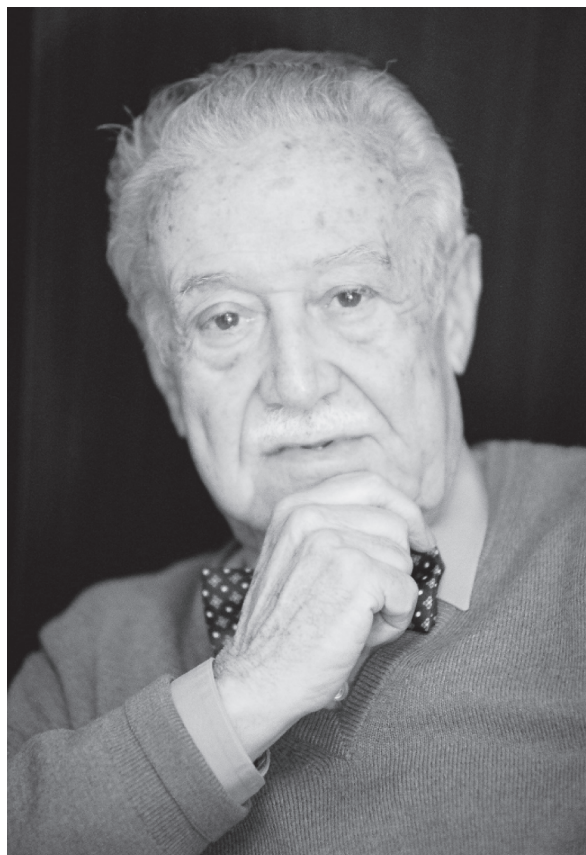


Fig. 1. Retrato de Antonio Beltrán en 1998.

Fútbol del Real Zaragoza. Se interesó incluso por la gastronomía aragonesa escribiendo un libro de éxito sobre la materia en 1986, afición que culminó con la fundación en 1995 de la Academia Aragonesa de Gastronomía, organismo que presidió hasta su muerte. Organizó también en 1968 unos efímeros *Congresos de Artes y Tradiciones Populares* con el propósito de estimular los estudios etnológicos, al mismo tiempo que creaba y dirigía el *Museo Etnológico de Zaragoza*.

(*) Departamento de Ciencias de la Antigüedad. Universidad de Zaragoza. C/ Pedro Cerbuna, 12. 50009 Zaragoza.

En su faceta de investigador y docente su primera especialidad fue la Numismática, materia sobre la que era un auténtico experto. Su *Curso de Numismática* (1950) fue durante años manual de referencia en varias Universidades españolas, aunque su mayor contribución fuera la consideración de las monedas como fuente histórica, para lo cual organizó publicaciones y reuniones científicas a través de la revista *Numisma* o los *Congresos Nacionales de Numismática*.

Su gusto por la Epigrafía le fue transmitido por su padre, Pío Beltrán, y ambos lo dejaron en herencia a su hijo y nieto Paco, verdadero continuador de la labor pionera del abuelo. Dirigió sobre esta materia *Hispania Antiqua Epigraphica* (1950-1969), revista que recopilaba anualmente las inscripciones latinas de Hispania.

Su labor como arqueólogo se centra no tanto en excavaciones dirigidas personalmente por él (las más importantes las del Cabezo de Monleón de Caspe o la ciudad celtibérica de Botorrita, donde contó con la ayuda a pie de obra de su ayudante Hernández Vera) sino en la creación de los *Congresos Nacionales de Arqueología* (1949-2002). Fundó además en Zaragoza la revista *Caesaraugusta*, editada por la Institución Fernando el Católico desde 1951 con el propósito de dotar de un medio de expresión a los estudios arqueológicos. Allí escribió el Abate Breuil, en 1954, sus últimas teorías sobre la cronología del Arte Paleolítico aunque hoy la revista languidece al no conseguir una periodicidad anual, a pesar de que Miguel Beltrán, director del Museo de Zaragoza, intenta revitalizarla publicando números monográficos.

Sin embargo, fue el arte rupestre prehistórico el tema que mayor atractivo supuso para Antonio Beltrán. Durante muchos años fue “animador” - en palabras de su amigo Jean Clottes - del Comité Internacional de Arte Rupestre (ICOMOS); representó a España en la Unión Internacional de Ciencias Pre y Protohistóricas (UISPP) y presidió en ella, hasta su muerte, la Comisión 9 sobre Arte prehistórico. Su criterio sirvió para autenticar Rouffignac o Peña Rubia de Ceheguin y no dudó en enviarle un video al Ministro de Cultura de Portugal pidiendo personalmente la salvación de los grabados rupestres de Foz Coa. Su libro de síntesis *Arte rupestre levantino* (1968) ha sido manual para los estudiantes durante muchos años.

Nunca tuvo pereza a la hora de viajar a los lugares más lejanos para fotografiar las pinturas más recónditas: a Brasil, a Namibia, o al parque de Kaka-

dú en Australia, donde conoció a un nativo que le ayudó a interpretar el significado de las pinturas rupestres a costa de su propia vida. De allí trajo una persistente cantinela que solía poner de música de fondo a los videos que él mismo producía y editaba. Recorrió y fotografió, con la colaboración inestimable de su ayudante Pilar Casado, las cuevas paleolíticas francesas y españolas hasta sus últimos pasadizos; y con tanto éxito que su archivo fotográfico ha sido reclamado por algunas instituciones francesas para documentar pinturas perdidas.

Siempre estuvo dispuesto a acercarse a los abrigos levantinos más inaccesibles, como da testimonio la foto en la que, con casi ochenta años, subió encordado por una larga escalera a estudiar las pinturas esquemáticas de Los Estrechos de Albalate (Lám. 2). Una complicada infraestructura fue montada para conseguirlo: desde el transporte a mano de la pesada escalera de madera a través del pantano (ardua labor que debe anotarse en el haber de sus entonces alumnos y hoy profesores Carlos Mazo y Lourdes Montes) o una especie de ruta de escalada que tuvo que abrir Rafael Larma para permitirle el acceso...

Tanto le gustó éste lugar que se convirtió en su segundo hogar. Sin duda que el Parque Cultural del Río Martín fue su creación personal y al que dedicó sus últimos años de investigación. Como resultado en el Centro de Interpretación del Arte Rupestre “Antonio Beltrán” de Ariño se fraguaron toda una serie de monografías de los abrigos pintados (Cañada de Marco, Los Estrechos, Los Chaparros, El Garroso, La tía Chula...) entre los que destacan la última revisión de Valdelcharco del Agua Amarga de Alcañiz (Beltrán *et al.* 2002) y un libro de síntesis sobre el conjunto de las pinturas del río Martín (Beltrán 2005). En todas ellas se puede percibir a un ferviente usuario del vídeo (él grabó y editó personalmente las tomas) y del ordenador (del que pretendía que sustituyera a su memoria en caso de fallarle, algo que nunca llegó a ocurrir) siendo capaz de desplegar una actividad insólita en un octogenario. Él, que publicó mucho a lo largo de su vida pero casi siempre en solitario, aceptó ayuda física en sus últimos años por parte del gerente del Parque, su colaborador Pepe Royo, con quien firmó una decena de monografías.

Sobre arte rupestre versó también -no podía ser de otro modo- su último artículo en el Catálogo de la Exposición sobre “Arte Rupestre en Aragón” que coordinó en el paraninfo de la Universidad de Zaragoza junto al Vicerrector Rodanés y que se inauguró en su honor la víspera de su noventa cumpleaños.

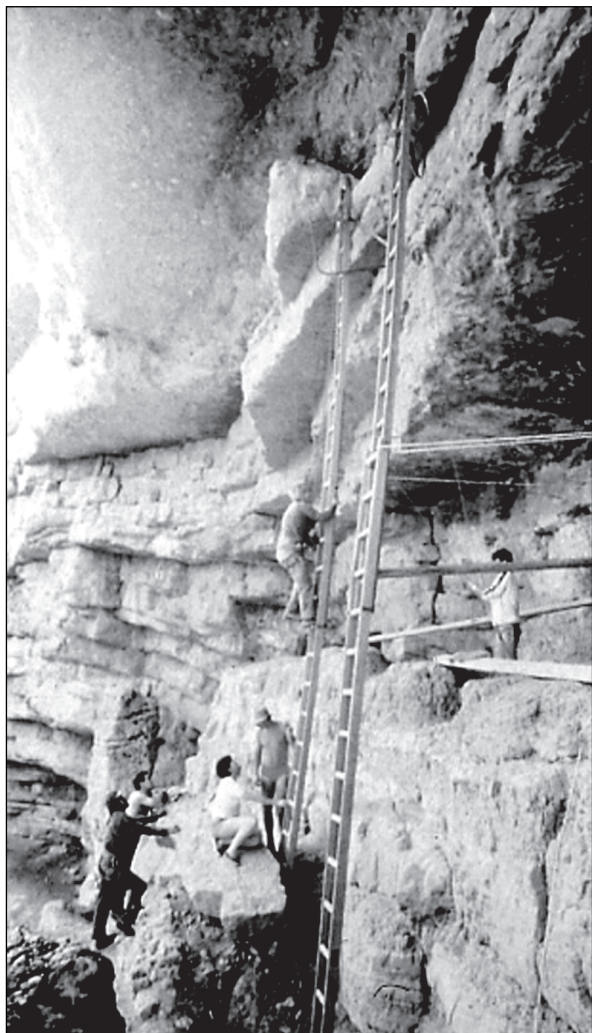


Fig. 2. Antonio Beltrán subiendo a fotografiar las pinturas esquemáticas de los Estrechos de Albate en 1989.

ños. Su título fue “El arte rupestre: legado de la Humanidad”. E inédita ha quedado la coordinación del otro catálogo, el general de todo el arte rupestre de Aragón, cuya edición de lujo prepara la Comunidad Autónoma para conmemorar su declaración como “Patrimonio de la Humanidad”. Todos los que en su elaboración hemos participado (Baldellou, Martínez-Bea, Picazo, Rodanés, Royo y Utrilla) queremos hacer de él un homenaje a su figura.

Y, en fin, sobre arte rupestre levantino, trató su último acto académico en la Facultad de Filosofía al presidir en Diciembre de 2005 el Tribunal de la Tesis Doctoral de Martínez-Bea, nada menos que sesenta años después de obtener su propio doctora-

do sobre “Arqueología, Epigrafía y Numismática de Cartagena”. Desde entonces ha escrito tantos artículos científicos, tantos libros, que nos resulta imposible catalogarlos todos. Sólo indicaré que en 1986, fecha en la que la Universidad de Zaragoza le dedicó su segundo homenaje con motivo de su jubilación, eran más de 500.

Si la figura de Beltrán como investigador es eminente no lo es menos su faceta de divulgador de la cultura local. Concejal del Ayuntamiento de Zaragoza, Diputado Provincial, Cronista de la Ciudad e incluso miembro de la directiva del Real Zaragoza. Los amigos solían tomarle el pelo diciendo que su gran frustración era no haber sido elegido Reina de las Fiestas pero él contestaba con gracejo que no era esa su asignatura pendiente pues había sido elegido “Fallera Mayor Infantil” en un curso de arte rupestre celebrado en Castellón. Fue el dinamizador de la popular Ofrenda de Flores a la Virgen del Pilar en los años cincuenta, siendo concejal de festejos del Ayuntamiento, e incluso estuvo retransmitiendo la ofrenda, año tras año, por Radio Zaragoza durante seis largas horas. Cómo puede una persona mantener el interés del público durante tanto tiempo es algo que muy pocos saben conseguir, aunque él solía echar mano al recurso de comentar los trajes de los oferentes, no siempre de una estricta ortodoxia.

Su amenidad le convirtió en asiduo colaborador del Heraldo de Aragón, donde tenía columna propia, y de varios programas locales de radio como “De sus Tierras y de sus Gentes”. Siempre recordaré, con una mezcla de horror y admiración, cuando, estando yo hablando con él en su despacho, le llamaron un día por teléfono desde la cadena SER y le pidieron que hablara sobre San Antón. Estuvo unos veinte minutos glosando al santo y yo me preguntaba si al haberle sucedido en la cátedra de Prehistoria de Zaragoza, heredaría también la obligación de su enciclopedismo y amenidad. Hubo un verano en que mientras excavaba con mis alumnos en Graus le escuchamos glosar en la Plaza Mayor las virtudes de la famosa longaniza local y quince días después, en Alcañiz, las excelencias del aceite del Bajo Aragón.

Sabía de jotas y de trajes populares, escribía libros de cocina (aunque la que de verdad sabía cocinar era Trini, su mujer), fundaba museos etnológicos, recogía cantares y leyendas aragonesas, pertenecía a sociedades gastronómicas y tenía un público fiel que le seguía en sus charlas de radio y que llenaba las salas cuando impartía sus conferen-

cias, con alguna que otra entusiasta enamorada. Fue, en suma, el más genuino representante de la cultura popular aragonesa durante medio siglo, tan querido, que público y jugadores guardaron en el estadio de fútbol de La Romareda un emotivo minuto de silencio al día siguiente de su fallecimiento.

De su vida dan cuenta seis volúmenes autobiográficos, el primero *Ser arqueólogo* (1988), presentaba interesantes datos para conocer la historiografía de la arqueología de los años cincuenta, mientras que los cinco últimos (1996-2005), resultan más intimistas y misceláneos. El último volumen refleja

ya el sentimiento de inmensa tristeza que le embargó tras el fallecimiento de Trini, la compañera de toda su vida: se hizo entonces patente que, tal como cuenta su hijo Paco en la emotiva reseña de la revista *Palaeohispanica* de 2006, “se daba por satisfecho con los años vividos –no en vano tituló *Epílogo* este último tomo– y empezaba a aguardar la muerte como una liberación de la enfermedad que en sus últimos meses le iba postrando paulatinamente, y que, justo es decirlo, soportó con el mismo temple del que hizo gala a lo largo de toda su vida”.